

más todavía, placer supremo á que ningun otro placer llega ni se aproxima.»

Cuando dice esto, ¿quién no piensa con entusiasmo y amor en la que le llevó en sus entrañas y le alimentó á su seno, que vela por él si vive, que por él ruega si está en el cielo? ¿Cuántos corazones no habrán palpitado dulcemente al ser evocado este cariño, el más santo y augusto de todos?

Y ¿qué padre no hallará en su corazón indulgencia para los extravíos, para las faltas de un hijo, oyendo decir á aquella infeliz:

«Me resta... Me resta tener valor, padre mio, para abrazarme á tí; para apretarme contra tu pecho; para regar con mis lágrimas tus canas; para hablarte al oído en voz baja, tan baja, que no me oiga tu enojo, que me oigan sólo tu cariño y tu piedad.»

No es ménos bello y consolador lo que más adelante dice su padre á Dorotea:

«Pues todavía comprendo más: y es que esa mujer pecadora se presente ante su padre, y contra el pecho paterno oculte el rostro y no lo descubra hasta que haya tantas lágrimas en los ojos del pobre padre que no pueda verla; y tantos sollozos en su garganta que no pueda maldecirla, y tanta angustia y tanta ternura en su corazón que, por lleno, no quepan en él ni el enojo ni la ira.»

Infinitos ejemplos de pensamientos nobles, de tiernos y dulces sentimientos, de elevados conceptos, podríamos presentar, pero renunciamos á ello porque eso haría nuestra tarea interminable.

## CAPÍTULO IV.

*En el seno de la muerte.*

*En el seno de la muerte* es un drama romántico con todos los refinamientos del romanticismo más exaltado, al que el autor ha dado el nombre de leyenda trágica sin duda para cohonestar lo horrible del desenlace en que hace perecer á los principales personajes que en él intervienen, ó tal vez porque lo creyó así más conveniente, que en esto no andan muy acordes críticos y autores, y cada uno acomoda á cada producción el carácter que considera más conforme á la idea que tiene formada.

Constituyen su bien meditado plan elementos bien diversos y tales como nunca los ha empleado *Echegaray* en otra obra de las suyas, y le son extraños otros que en casi todas ha prodigado, no existiendo tampoco aquellos recursos, si no completamente inútiles, innecesarios, de que tanto partido ha sabido sacar en sus dramas y hasta en sus comedias. El sentimiento de la justicia, la conciencia del derecho, la nobleza y la hi-

dalguía, la majestad de la institucion real, objetos son que en ninguna de las obras de este autor han sido tratadas, y hasta el remordimiento del crimen, la sublimacion de la venganza y la apoteosis del castigo le han merecido tanto empeño ni han sido empleados con tanta grandeza, con oportunidad tanta.

En cambio no ha hecho empleo alguno de lo fantástico y como sobrenatural á que parece tan aficionado, ni ha echado mano de lo puramente mecánico y de efecto, no haciendo intervenir al sol, á la luna, al relámpago ó á la luz de la llama del hogar, ni á lo maravilloso, divino ó fatal, de que casi se creia era incapaz de prescindir en vista de lo poco que lo escatimaba en sus producciones.

En este drama, pues, *Echegaray*, aunque sigue distinto rumbo que en otros, se manifiesta él mismo como queriendo demostrar á la opinion que es capaz de producir belleza con nuevos elementos, sin copiarse á sí mismo, y que al formar algo, por decirlo así, de la nada, prueba lo que sería capaz de hacer con materiales positivos, y sometiéndose condicional y momentáneamente á las prescripciones establecidas, aunque tuviese que refrenar los ímpetus de su genio y el vuelo de su fantasía, si es que podia ser sin que se anulara por completo.

Para que podamos explicar satisfactoriamente lo que dejamos sentado, preciso se hace reseñar, siquier sea de una manera sumaria y sustancial el argumento de *En el seno de la muerte*.

Es el protagonista D. Jaime, conde de Argelez, el cual tiene por esposa á Beatriz y consigo á un hermano bastardo, llamado Manfredo, al que trata con el mismo cariño y consideracion que si lo fuera legítimo, proponiéndose ennoblecerlo y hacer de él un hombre de provecho, para lo que está dispuesto á cederle una buena parte de su fortuna y de sus feudos. D. Jaime ama á su esposa con el ardor de la primera y única pasion, hace de ella su ídolo compartiendo cuanto de noble, tierno y elevado hay en su alma entre ella, su hermano, el honor y la gloria de las armas. D. Jaime se halla accidentalmente en un castillo de los Pirineos, no lejano al suyo de Argelez; con él están su esposa Beatriz, Juana, doncella de ésta; Roger, escudero de D. Jaime y esposo de Juana; Berenguel, alcaide del castillo, y poco despues de comenzar la accion, Manfredo que llega, pasando audazmente por el campo francés, para entregar á su hermano pliegos del rey Pedro III de Aragon, por quien aquél defiende el castillo contra el rey de Francia y su ejército que lo sitia. D. Jaime, que ve el asalto inminente y no se considera bastante fuerte para resistir, aunque está dispuesto á morir peleando, teme por la suerte de su esposa y trata de alejarla de aquel sitio, poniéndola á buen recaudo en su castillo de Argelez, haciéndola acompañar de su fiel escudero Roger y de la esposa de éste. Beatriz se resiste á partir, porque ama á su esposo y quiere participar de su destino, horrorizándose á la idea de que Jaime muera y quede á merced del bastardo, que abriga por ella

una pasión inmensa, la cual ella no ignora, y teme y lucha consigo misma, vacilando entre la debilidad propia de una mujer y la fortaleza de la esposa amante y honrada que no quiere abandonar á su esposo. Algo de traición y amor criminal se encierra en el alma de Beatriz, cuando la presencia de Manfredo basta á decidirla, adivinándose no obstante que en su corazón y en su mente se está librando una batalla en la que por desdicha no ha de vencer la lealtad y la justicia, sino el crimen y la infidelidad, que en vano trata de ocultarse á sí misma, cuando á solas con el hermano del Conde tolera que le hable en un tono que no honra á su nombre, y lejos de hacerle que calle le suplica que hable más bajo. Al dejarla Manfredo se confiesa ella misma con vergüenza que es culpable, y algo de su villanía y de la de su cómplice se alcanza al escudero Roger, para quien el bastardo lo es más que por el origen por el alma. Llega el momento de marchar; el dolor de Jaime se desborda en tiernas y sentidas frases, en el alma de Beatriz renace un momento el sentimiento de su dignidad y en su corazón el pesar de la ingratitud, y se niega enérgicamente; pero el Conde, que atribuye esto á causa bien distinta, y sabe que el peligro está próximo, no quiere oírla y ordena á su hermano y á Roger que se la lleven. El último grito de la Condesa es de la muerte de su honor, á la que tan sin voluntad contribuye el noble cuanto infeliz esposo. El episodio con que termina este primer acto prueba el amor que á su esposa tiene el Conde, amor por el que es capaz de

ser traidor á su patria y á su rey, y aún de procurarse la eterna condenación. El alcaide del castillo, Berenguel, hombre duro y avezado á los percances y ardidés de la guerra, tiene á su cargo la guarda y defensa de la parte principal, que es el torreón, y convencido de que se verán los defensores obligados á ceder al número y á la fuerza, trata de conseguir por la astucia lo que al valor no le es dado, y simulando pactar con el francés ofrece facilitar á éstos la entrada al castillo por un subterráneo que le da seguro acceso. Esto le ha hecho ser considerado como traidor, pues no ha podido recatarse lo suficiente para que sus conferencias con el enemigo no hayan sido observadas; pero Berenguel es un soldado al que no importan los medios ni la censura de los demás con tal de llegar á su fin, y en esta confianza viene á comunicar sus proyectos al Conde, á cuyos oídos han llegado los rumores de la supuesta traición que el alcaide cree poder desvanecer con la relación de lo que ha hecho. Según se expresa, cuando los franceses se encuentran decididos y confiados en gran número dentro del subterráneo, se suelta el dique que contiene el agua del foso que lo circunda y la del torrente que está inmediato y todos los enemigos perecen. Pero el horror de Jaime es inmenso al pensar que por él van entonces la Condesa y sus acompañantes y se propone impedir la catástrofe; aunque Berenguel le manifiesta que al hacerlo entrega el castillo á los franceses y hace traición á su rey, se halla decidido á todo, y como el alcaide trate de dirigirse á poner por obra su proyecto le mata

y se prepara á combatir, aunque sin esperanza de vencer, pero con la satisfaccion de haber salvado á Beatriz.

En el segundo acto, Beatriz y Manfredo se hallan en el castillo de Argelez entregados á su amor, que turba de vez en cuando el recuerdo de Jaime, á quien consideran muerto en el asalto y destruccion del castillo que defendia, y en remordimiento de su crimen, Manfredo tiene celos del muerto, Beatriz teme que su sombra aparezca á pedirle cuenta de su honra mancillada, de su amor vendido, y desea como su amante que sea verdad lo de la muerte del Conde, pues un presentimiento íntimo le dice que vive y va á presentarse, amargando esta idea la ventura que pudiera proporcionarle el logro de su ilegítimo amor, y hasta su propia sombra le parece la del ultrajado esposo que viene á tomar venganza de su afrenta. ¡De qué manera tan expresiva y enérgica se echa ella misma en cara su traicion cuando queda sola! ¡Cómo el contraste entre su villanía y la lealtad de todo lo que al Conde pertenece, servidores, armas, animales, muros y techumbres, todo ménos *su dueño querido*, ménos *su dueño adorado*, oprimen su corazon y atormentan su espíritu! Cuando ella cree que alzándose el tapiz que cubre la puerta va á aparecer la sombra irritada del Conde, aparece éste realmente, y entónces no se comprende que Beatriz no muera de terror y de espanto; su alma no experimenta más que una impresion insuficiente á romper las cadenas que la unen á la vil materia, se desmaya, y Jaime atribuye este desmayo á la emocion, á la alegría que pro-

duce en ella su inesperada aparicion, porque vuelve despues de haberse salvado milagrosamente del asalto é incendio del castillo, tan enamorado, tan tierno y tan noble como siempre, creyendo hallar á su esposa más amante que nunca y á su hermano más cariñoso, más fiel, porque ignora la traicion de los dos y cree que los sucesos pasados sólo han sido un paréntesis de su dicha que ahora ha de brillar sin sombra ni obstáculos que empañen su resplandor. Su presencia produce en los dos amantes tal sorpresa, estupor tan grande, que al pronto le rechazan y se separan de sus brazos, dando lugar á que Jaime extrañe su accion; pero al momento se rehacen comprendiendo que se venden, y responden á los cariñosos extremos de Jaime, que ya nada extraña. Cuenta éste cómo pudo quedar con vida en la tremenda catástrofe de que ningun otro se salvó, y anuncia la llegada al castillo de Argelez del rey de Aragon Pedro III, que llega ya, y al que los condes salen á recibir.

Manfredo queda solo y se lamenta amargamente de la fortuna que á todos dió su lote y se lo negó al bastardo; Juana, la esposa del escudero Roger, á quien Manfredo dió muerte para enterrar con él un terrible secreto, encerrándolo en el panteon del castillo, cuya puerta de macizo bronce nadie sino el Conde podia abrir. Juana viene á hacer más amarga su situacion con sus quejas, lamentos, denuestos y amenazas, estando á punto de estallar la ira del bastardo, cuando anuncian al rey D. Pedro que viene á honrar el castillo de Argelez,

del que va á ser huésped por un día, y entra concediendo mercedes; una de ellas, la que más estima Jaime y solicitara otras veces en vano, es la de ennoblecer á su hermano, cuyo galardón le otorga el monarca en premio de la defensa del castillo, que tomaron los franceses gracias á su debilidad amorosa. Pero Manfredo, á quien repugna obtener por méritos y á ruegos del hermano, á quien deshonra, tan anhelada gracia, la rechaza con gran extrañeza del Conde y mayor enojo del Rey, que castiga su soberbio alarde humillándolo delante de todos.

Terminado este incidente, D. Pedro se propone, ántes de retirarse á descansar, oír contar alguna leyenda, tradicion ó conseja referente al castillo. Jaime le indica á su hermano, el Rey lo desecha con disgusto, y señala á Beatriz, que no puede complacerle; tampoco el Conde; por fin Juana, la esposa de Roger, se adelanta y manifiesta al Rey que existe una leyenda tal como él la desea, correspondiendo contarla al dueño del castillo, despues de la cual expondrá un agravio para el que pide justicia. Esta leyenda que el Conde cuenta no es otra que la de la *puerta de bronce*, famosa en aquel lugar, la cual fué colocada despues de bendita para impedir que el esqueleto de un señor que cometió un crimen saliese á recorrer por las noches el castillo, llevando el terror y la alarma á sus habitantes. Así concluye Juana, y despues empieza la relacion del crimen para el que pide castigo. Su esposo fué encerrado en el subterráneo, cuya puerta fué encajada para quitarle

toda esperanza de volver á la vida, y el autor del hecho fué Manfredo. D. Pedro ofrece castigarlo, sin atender á las súplicas de Jaime, el cual se halla decidido á ampararle aún contra la justicia del monarca; Beatriz tiembla; Manfredo se halla resignado y tranquilo; Juana satisfecha; en vano la Condesa aconseja huir al bastardo; éste se niega, el Conde está dispuesto al último extremo por defender la vida de su hermano, tanto es el cariño que le profesa; y en esta situacion quedan todos los personajes al terminar el segundo acto.

En el acto tercero, la accion tiene lugar en el panteon subterráneo del castillo de Argelez, mansion de los muertos y sitio el más á propósito para juzgar á los vivos, segun dice el rey de Aragon, que baja á ella, acompañado de Juana y de Jaime, á cerciorarse del triste fin de Roger y averiguar si hay indicios por los que la verdad del hecho sea atestiguado, para aplicar con justicia el castigo. El Rey manda á sus pajes y servidores que busquen el sitio donde debió caer el malogrado escudero, y seguidos de Juana que se empeña en acompañarlos, se dirigen á la capilla adonde ésta calcula que debió ser atraído por los destellos de la lámpara del sagrado.

Solos D. Pedro y Jaime, éste pretende todavía salvar á su hermano del castigo que le espera, que de tal modo está arraigado en su pecho el cariño fraternal, que llega á conmover al mismo Rey, el cual promete hacer lo que esté de su parte para satisfacerle. No tarda

en llegar Juana, que ha encontrado el cadáver del que fué su esposo, teniendo en la mano un pergamino que imagina ser un mensaje que estaba encargado de traer á su señor, aunque dice estar escrito con sangre. Invita al Rey á seguirle, oponiéndose á que los acompañe el Conde, el cual permanece solo breves momentos, pues llegan Beatriz y Manfredo, ella inquieta y zozobante, porque la actitud de los servidores, de su esposo y de los soldados del Rey, entre los que ha empezado á cundir la noticia de su traicion y de la complicidad del bastardo, que ha dado por resultado la muerte de Roger; la causan miedo y congojas, Manfredo celoso y sombrío porque siente ménos su crimen que la dicha que supone disfruta su hermano poseyendo la hermosura y el amor de Beatriz; el Conde, siempre amoroso y tierno, trata de calmar con dulces frases la zozobra de su esposa. El Rey vuelve con Juana y los otros; algo terrible ha presenciado, pues al encontrarse con Manfredo, su voz y su mirada están preñadas de amenazas y anuncia la irrevocable resolucion del castigo; aleja á Jaime, hace salir á Juana y á todos sus servidores, quedando solo con los culpables amantes. Manfredo espera su sentencia; cree que se trata de la muerte del escudero, y así es que experimenta gran sorpresa cuando oye al Rey decir que la Condesa es su cómplice; pero D. Pedro lee el pergamino hallado en las crispadas manos del difunto Roger, en el cual éste habia dejado escrito, bajo juramento, el crimen de los dos, y ante esta prueba terrible quedan anonadados. Trata, no obstante, Man-

fredo de disculpar á su amada, culpándose á sí solo; Beatriz se declara culpable; únicamente pide que Jaime nada sepa, lo que el monarca considera lo mejor. Todavía insiste el doncel en que ella miente, y en un arranque de pasion que le vende, descubre todo lo que en vano habian tratado de ocultar, esto es, que se aman y se hallan dispuestos á sacrificarse mutuamente, cuyo arranque decide de su suerte, decretando el Rey que los dos mueran. En este momento llega Jaime á pedir al monarca justicia contra los que dentro de su castillo se han atrevido á pedir la vida del bastardo y de la Condesa, aunque á buena cuenta y por su mano se la ha tomado ya el buen Conde, haciendo morder el polvo á los que tal pedian, no siendo ménos que la sorpresa y el asombro que le produjera el atrevimiento de sus gentes y de los soldados del Rey, lo que experimenta al oír de boca de éste que piden justicia y que mientras ellos la pedian él dictaba allí la sentencia contra Manfredo y Beatriz, aunque procurando cubrir la de ella con especioso pretexto; en cuanto al bastardo, la muerte le aguarda y la muerte en afrentoso cadalso. Toda la arrogante fiereza y la indomable altivez que despertara en el Conde la decision del Rey, se sublevan de pronto dentro de su alma, protestando de ella, manifestando que toda la gloria de Aragon, el mundo entero son nada para él ante Beatriz; en vano el Rey le recuerda el respeto y homenaje que le debe, la sumision á que está obligado; al oír que sentencia á Beatriz á perpetuo encierro y á Manfredo á muerte, se rebela